

tudio, no les espanta Maquiavelo como á las brujas y á los falsos jacobinos. Es Voltaire quien ha llamado al autor de "El Príncipe" y de los discursos sobre Tito Livio," un "legislador universal;" es Diderot el que le llama el "Newton de la política," y Taine el que asegura que el que quiera entender la ciencia política, debe leer á Maquiavelo.

Juan Jacobo Rousseau es el "Pontífice Máximo" de los jacobinos, y asegura nada menos en el Libro Santo de las Escrituras Jacobinas, llamado "El Contrato Social," libro III, cap. VI, pág. 126:

"El interés personal de los príncipes está en que el pueblo sea débil, miserable, y que no pueda nunca resistirles. . . . Los príncipes dan siempre la preferencia á la máxima que les es más inmediatamente útil. Es lo que Samuel hacía ver con insistencia á los hebreos, es lo que Maquiavelo ha hecho ver con evidencia, pues fingiendo dar lecciones á los reyes, las ha dado y muy grandes á los pueblos. "El Príncipe" de Maquiavelo es el sueño del Republicano. Maquiavelo era un hombre honrado y un buen ciudadano; pero dependiente de la casa de los Médicis, estaba forzado á disfrazar su amor por la libertad. La elección sola de su execrable héroe manifiesta bastante bien su intención secreta, y la oposición de las máximas de su libro "El Príncipe," y las de sus discursos sobre Tito Livio y de su historia de Florencia, demuestra que este profundo político no ha tenido hasta ahora más que lectores superficiales ó corrompidos. La Corte de Roma ha condenado su libro; ha hecho bien, es ella á quien pinta claramente."

Y luego añade Rousseau: "Este hombre (Maquiavelo), no enseña nada á los tiranos,

ellos saben bien, demasiado, lo que deben hacer; pero él instruye á los pueblos sobre lo que tienen que temer."

Este es el juicio del Pontífice de los jacobinos. Veamos ahora el de la crítica rigurosamente científica hecha por Charles Louandre y publicado como prólogo á las obras de Maquiavelo, editadas en 1872 por Charpentier en París.

Dice Louandre: "Hombre del Renacimiento, Maquiavelo entrevé el primero, la unidad de Italia; es el primero que rompe con esa política que remonta hasta el pacto de Carlo Magno y que coloca á la península como una presa siempre desgarrada, entre la ambición de los Papas y la ambición de los Emperadores. Contemporáneo de Lutero y de Pomponat, emprende, al lado de ellos, una guerra á muerte contra la tradición de la Edad Media. Crea la política experimental, formulándola como un teorema geométrico; analiza antes de Montesquieu la causa de la grandeza de Roma, y sobrepasando el objeto que se propone, escribe anticipadamente la historia del porvenir, y traza, sin sentirlo, la teoría de las revoluciones modernas con una potencia, una intuición tan profunda, un conocimiento tan perfecto de los instintos y de las pasiones de los hombres, al grado que los acontecimientos, á la distancia de tres siglos, se desarrollan según las leyes que él ha fijado."

Se conoce, señor Frías y Soto, que usted no ha leído el famoso escrito italiano de Loria, en que con más precisión que una locomotora sobre sus rieles, la revolución francesa de 1793, la revolución jacobina que usted conoce, se va desarrollando paso á paso, día por día, hombre por hombre, grandeza

por grandeza y crimen por crimen, conforme á los principios establecidos en "El Príncipe." Y ese estudio de Loria ha sido aceptado, laureado y aclamado por todos los hombres de ciencia. Rousseau y la crítica científica. han estado de acuerdo, quizá por la primera vez. "El Príncipe" puede ser la cartilla de un tirano; pero es también la cartilla del pueblo, que ha hecho la revolución francesa. Es la cartilla, ó más bien dicho, la obra profunda de todos los políticos; en ella se encuentran todas las leyes históricas de la política.

Continuemos escuchando á Louandre, porque es muy importante lo que dice: "Así "El Príncipe," los discursos sobre Tito Livio, no son en realidad más que una casuística en partida doble, donde se encuentra analizado, discutido, previsto, profetizado todo lo que puede surgir en los negocios humanos." Y como una de las cosas que ha surgido en los negocios humanos es la obra del General Díaz, tenía que encontrarse explicada en Maquiavelo; y si la obra del General Díaz no se pareciese á la de Augusto, sino á la del demagogo Robespierre ó á la dictadura de Cromwel, ó á la liberal de Washington, ó á la cesareaña de Bismarck; ó á la clerical de Cánovas del Castillo, ó á la anarquista de Ravachol; si no se pareciese á la de ninguno de los gobernantes que han existido, siempre se encontraría explicada en Maquiavelo. De manera que si usted cree injurioso para un gobernante encontrarle procedimientos maquiavélicos, la sociología tiene entonces que ultrajar á todos, porque no hay uno solo que haya dejado de emplearlos.

Continúa Louandre: "El autor (Maquiavelo), enseña á los Tarquino, cómo se amarran

las cadenas, y á los Bruto cómo se rompen. El mal y el bien, la virtud y el vicio, no son para el secretario de Florencia nociones absolutas, invariables, superiores á las cuestiones de nacionalidad y á las circunstancias. Según los tiempos, los lugares y los hombres, el mal llega á hacer bien, y el bien llega á tomar el carácter del mal. Hijo escéptico del gran siglo del escepticismo, Maquiavelo se coloca como observador impassible, arriba de las repúblicas y de las monarquías, arriba de todas las ambiciones y de todas las abnegaciones. No ve más que los hechos, y tomando las cosas más altas como instrumentos que la habilidad debe manejar á su antojo, no pide á la Historia más que una sola lección: el arte de triunfar. En este ateísmo del hecho que ha tocado su memoria de una solemne reprobación y, sin embargo, esto es lo que hace su fuerza y su grandeza. . . . En la Historia, Maquiavelo es uno de los más grandes escritores de Italia (y la Historia, señor Frías, es la ciencia fundamental de la política); nadie lo sobrepasa en la exposición y el arreglo de los hechos, nadie se apodera con una mirada más penetrante de la fisonomía de los acontecimientos. El drama marcha y se desenvuelve á través de una narración serena é impassible. El historiador asiste á los crímenes de la Edad Media, como Gregorio de Tours á los crímenes de los merovingios, sin sorpresa y sin piedad, y bajo esta frialdad, animada solamente por el brillo de un gran estilo, como una sombría ironía contra la humanidad. Maquiavelo, por el astrologismo, retrocede hasta la fatalidad antigua, es la marcha de las esferas que gobierna el mundo; pero al lado de esta influencia misteriosa, coloca un dios nuevo, el dios

de los tiempos modernos: la inteligencia; se creería leer á Tácito, pero á Tácito, cesando de indignarse contra el crimen y de enternecerse por las desgracias de la virtud."

Nada tiene de particular que haya yo encontrado la fórmula de la paz mexicana en un libro donde se encuentran todas las fórmulas para todas las obras políticas, cualesquiera que sean su género, su color y su ecuación entre la virtud y el crimen.

"Científico," en política, quiere decir adaptación de la verdad al patriotismo, y del patriotismo á la verdad. La sociedad mexicana actual, fría, decepcionada por la severidad elocuente de su historia, ilustrada por el estudio profundo de sus desgracias, levantada hasta la verdad por los destrozos de imposibles ideales, conducida al trabajo, á la reflexión, á la serenidad, á un patriotismo sano y lleno de dignidad por el esfuerzo audaz é inteligente de un gobierno personal; no lo reniega, porque conoce que ha sido su salvación; no quiere ocultarlo, porque siente que es su prestigio; no intenta envolverlo en farsas, porque en su calidad de súbdito, se ha puesto, por convicción y por patriotismo, á la altura, á la gran altura en que el General Díaz se ha colocado como autoridad.

Por lo mismo que la sociedad ha progresado, ha comprendido su atraso político, su posición verdadera en la evolución gubernamental, su deficiencia en elementos democráticas, su necesidad de alcanzar el orden económico que la coloque sólidamente en las alturas del gobierno institucional. Ya no es posible tratarle como á una plebe andrajosa,

flotando como basura en un océano de preunción y supersticiones de bárbaras ignorancias. La sociedad sabe que no es soberana, que la soberanía es la función natural de un organismo muy elevado que sólo se obtiene lentamente, por esfuerzos y sacrificios, por enseñanzas y ejemplos, por el trabajo y la ilustración, por la riqueza y el honor, y que tan grandes bienes se forman y aumentan con dificultad y siempre que se estiman y resuelven los problemas sociales causantes de los políticos con datos exactos y sin poderes falsos y ceremonias sin dignidad.

La sociedad estima y admira al General Díaz; con fe y conciencia lo acepta como gobernante personal; pero le molesta y la deprime que se la quiera tratar como á un idiota ó como á un sér en estado cataléptico. Ante el mundo, los mexicanos quieren pasar como un pueblo sensato, ambicioso de progreso, pero que sabe adaptar sus deseos á sus necesidades, y éstas á sus actuales facultades para satisfacerlas.

De este modo los extranjeros nos respetarán y pondrán á nuestra disposición su apoyo financiero, moral é intelectual, indispensable para continuar con rapidez nuestra marcha hacia el lugar de un pueblo verdaderamente culto. La mentira, las mistificaciones, las farsas, las vanidades ridículas, no pueden más que hacernos despreciables y afirmar la creencia de que representamos una raza destinada á desaparecer bajo el lodo de los vicios y las corrientes interminables de la antigua insensatez.

Los "científicos" queremos ir á las instituciones que convengan á México, porque de otro modo, no tendríamos más que instituciones ajenas, y en consecuencia inservibles;

pero queremos ir conducidos por el patriotismo de un gobierno personal, ó si ésto no es posible, por el esfuerzo de la opinión pública, que, una vez empeñada en "querer" con insistencia y resolución, acaba por elevar sus verdaderas necesidades al rango de verdaderas leyes.

En realidad, no hay gobiernos personales omnipotentes. Los límites de todos los gobiernos, cualquiera que sea su forma, son las necesidades sociales expresadas con firmeza por la opinión pública. En el mundo lo único que hay en realidad omnipotente, es la civilización; y lo que más civiliza es el trabajo que enriquece, el trabajo que ilustra, el trabajo que descubre la verdad y la proclama como el poder eterno é inviolable sobre todo el género humano.

México, Julio 16 de 1903.

FRANCISCO BULNES.



PRUEBAS DE LOS FRAUDES

En que se apoya mi delator

Honorabilidad del Sr. Frías y Soto
como publicista.

En mi discurso, tal como lo dije y como fué impreso en "El Imparcial" y en todos los periódicos honrados, aparece lo siguiente: "Una de dos, ó los norteamericanos y europeos tienen una idea más levantada, más amplia, más completa, más verdadera de la Nación Mexicana y de la obra del General Díaz, que la muy miserable que proclaman los políticos efervescentes, ó bien el..."

Estas palabras son justas y honrosas para los norteamericanos y europeos, para la Nación Mexicana y para el General Díaz. Pero como el Sr. Frías y Soto debe fundar su delación y hacerme aparecer como ofensor del General Díaz, encuentra conveniente en su escrito suprimir la frase "y de la obra del General Díaz." De este modo suena que desprecio la obra y que afirmo que no la toman en cuenta los extranjeros al prestar-nos grandes sumas, y que, por consiguiente, la reelección no es necesaria para el crédi-

to de México. Una vez que el Sr. Frías y Soto consuma su fraude, se lanza feroz sobre mí, alardeando de un porfirismo de viejo soldado de la Carbonera ó de Miahuatlán.

Comparación de textos.

Discurso de Bulnes: "O los norteamericanos y europeos tienen una idea más levantada, más amplia, más completa, más verdadera de la Nación Mexicana y de la obra del General Díaz..."

Después "del fraude" del Sr. Frías y Soto:

"O los norteamericanos y europeos tienen una idea más levantada, más amplia, más completa, más verdadera de la Nación Mexicana."

En mi discurso se lee:

"...y ha ejercido (el General Díaz) el poder haciendo uso del minimum de terror y del maximum de benevolencia."

Pero lo del maximum de benevolencia no convenía á las miras del Sr. Frías y Soto, y determinó suprimirlo con el objeto de lanzarme este párrafo: "Dice usted que el Sr. General Díaz ha ejercido el poder haciendo uso del minimum de "terror"; es decir, que ha sido un pequeño tirano y ha matado."

Hecho el fraude, aparece en efecto que el General Díaz sólo ha gobernado con un minimum de terror, tal como lo acepta el Sr. Frías y Soto.

En mi discurso, he dicho: "El régimen personal como SISTEMA es muy malo; co-

mo excepción es muy bueno," y más adelante digo: "He dicho que el régimen personal como sistema es detestable y magnífico como excepción. El período magnífico de excepción lo está substanciando gloriosamente el General Díaz." Esta afirmación, leal, verdadera y favorable al General Díaz, repugna al Sr. Frías y Soto y entonces dispone cometer un fraude en el párrafo en que digo: "El régimen personal "como sistema" tiende á convertir al pueblo en una especie de hembra sucia y prostituída."

El Sr. Frías y Soto encuentra sublime para sus designios, suprimir la palabra "como sistema," quedando entonces:

"El régimen personal tiende á convertir al pueblo en una especie de hembra sucia y prostituída." Después del fraude, no hay duda que el concepto se volvió ofensivo para la administración del Sr. General Díaz.

En mi discurso dije: "¿Para nada servimos aún? Pues entonces que se nos prepare un hombre de Estado para que nos gobierne bien ó mal, pero CIVILMENTE."

Este concepto no tiene nada de ofensivo para un ejército republicano como el nuestro, que ha peleado por conquistarnos el Gobierno Civil. Pedir el Gobierno Civil, es pedir que se respete la obra de nuestro ejército republicano. Ahora bien, es muy sabido que puede haber un gobierno civil, siendo el Presidente de la República un militar, del mismo modo que puede haber gobierno militar siendo el Jefe de Estado un hombre civil; pero esto no conviene al Sr. Frías y Soto; necesita que yo insulte al Ejército, necesita malquistarme con él y probarme que los científicos tratamos de deprimirlo.

133021

Para conseguir su objeto, el Sr. Frías y Soto comete un fraude y una falsificación: quita la palabra "civilmente" y pone en su lugar, lo siguiente: "Pero que sea civil, que no sea soldado" y después de este acto que no califico con las palabras que merece, por no ensuciar mi propio escrito, todavía se me encara diciéndome: "Pero el golpe maestro de usted fué proponer que se nos prepare un hombre de Estado para que nos gobierne bien ó mal, pero que sea civil, que no sea soldado."

Una vez que el Sr. Frías y Soto por medio de "fraudes" y "falsificaciones" arregla mi discurso á las necesidades de su delación, debo confesar que ha triunfado y que he insultado á la Patria, al General Díaz y al Ejército.

He probado que el Sr. Frías y Soto, carece de honorabilidad para entrar en polémica con escritores que tienen limpia su reputación, y si me presto á discutir con persona tan inconveniente, es obligado por el deber de defender, como ya lo dije, tanto ante la Sociedad como ante el Sr. General Díaz, la aprobación que dieron á mi discurso los distinguidos Delegados á la Convención Nacional Liberal.

Su comparación con Augusto.

Al Sr. Frías y Soto sólo le preocupan dos cosas: encontrar á Augusto pequeño frente al General Díaz y hacer sentir al amor propio de este gobernante un "merolubio" de humillación, servido por mi atrevimiento de haberlo comparado con un sér inconveniente. Mi delator no reflexiona que yo no he comparado á Augusto con el General Díaz, sino los procedimientos de Augusto

para hacer la paz octaviana, con los del General Díaz para hacer la paz mexicana.

Lo primero que encuentra en el adolescente Octavio, el Sr. Frías y Soto, es que el predestinado á César, era hijo de una "molinera." ¡Qué afrenta para un hombre libre, ser hijo de una molinera! ¡Sólo los hijos de princesas son hombres limpios! ¡Y esto lo dice un demagogo, un jacobino, un furibundo declamador contra las aristocracias!

El Sr. Frías y Soto nos ilustra:

"NADA LIMPIOS FUERON LOS PRINCIPIOS DE SU VIDA POLITICA: cuando llegó á Roma solicitando la toga viril, vestido con la blanca túnica del candidato, Cassio de Parinas, aludiendo aquel color exclamó: MATERNA TIBI FARINOE, recordando que Atia, la madre del joven era molinera."

Para establecer la antítesis con el General Díaz, nos dice el Sr. Frías y Soto: "El Sr. General Díaz entró á la edad viril tirando la beca de colegial y batiéndose contra los pretorianos de Santa Anna, que asolaban á Oaxaca."

Después de declarar el Sr. Frías á Octavio indigno de compararse con el General Díaz, por ser aquél hijo de una "molinera," lo que en concepto de un falso jacobino es una patente sucia para entrar á la vida política, mi delator declara cobarde y asesino á Octavio, lo que tiene que producir un "coup féérique," en el paralelo que se está sosteniendo con el General Díaz.

Oigamos al Dr. Frías y Soto:

"Asesinado César en las idus de Marzo, Octavio su heredero ganó el Senado y obtuvo las tropas de la República para ir á

combatir al cónsul Marco Antonio declarado enemigo de la Patria y que sitiaba á Décimo Bruto en la Galia Cisalpina.”

“Dos batallas se dieron junto á Mutina (Módena). En la primera “cuenta Suetonio,” huyó Octavio, y hasta dos días después apareció sin caballo y sin armadura. En la segunda, Octavio permaneció dentro de su litera en tanto que los dos cónsules Hirtius y Panza alcanzaban una brillante victoria sobre Marco Antonio.”

“Quiso Octavio ser el único jefe de aquel valiente ejército y asesinó á los dos cónsules, que le habían dado tan gran triunfo; á Hirtius lo mató por la espalda al fin del combate, y Glycon, su médico, envenenó las heridas de Panza; esto DICE SUETONIO.”

“Compare usted ahora, Sr. Bulnes, los comienzos de la vida pública de Augusto con los del General Díaz tan limpios, tan brillantes de gloria, tan saturados de virtudes.”

A esta imprecación debo responder:

1o. El Sr. Frías y Soto, no tiene derecho á decirme “compare usted ahora,” porque no he comparado en mi discurso, “ni antes,” ni nunca la vida militar de Augusto con la del General Díaz.

2o. Respondo por lo que afirmo y sólo he comparado los procedimientos de Augusto de hacer la paz con los del General Díaz.

3o. Aun cuando no tiene nada que ver con mi discurso, para probar á la sociedad, que como crítico mi delator hace farsas, que como historiador engaña, y que como simple escritor “falsifica” para adular, voy á poner en evidencia cómo ha hecho pedazos la his-

toria en todo lo que á ella se refiere en su escrito de delación.

Si el señor General Díaz tiró la beca de colegial cuando era muy joven para alistarse como guardia nacional y combatir contra los pretorianos de Santa-Anna, Suetonio, el autor favorito de usted, escribe respecto de Augusto:

“A los diez y seis (años) tomó (Octavio) la toga viril y recibió “recompensas militares” en el triunfo de César sobre los Africanos, aun cuando su edad lo exceptuase del servicio militar. Bien pronto después, su tío partió para ir á combatir en España á los hijos de Cn. Pompeyo. Apenas convaleciente de una enfermedad grave y salvado de un naufragio, Augusto lo siguió con una débil escolta á través de caminos infestados de enemigos, y el carácter que anunciaba ya, le mereció la alta aprobación de César por la habilidad con que había hecho el viaje.” (Suetonio, “Los Doce Césares,” pág. 70.)

El Sr. Frías y Soto, escribe: “Dos batallas se dieron junto á Mutina (Módena.) En la primera CUENTA SUETONIO, huyó Octavio...” No es cierto, que cuenta Suetonio que huyó Octavio. Suetonio dice: “En la primera (batalla) Octavio huyó, “si hemos de creer á Antonio.” (Suetonio, pág. 72.) Ahora bien, Antonio era el mortal enemigo de Octavio, y todo historiador ó persona sensata está obligada á desconfiar de lo malo que un hombre atribuye á su mortal enemigo.

Continúa el Sr. Frías y Soto: “En la segunda (batalla), Octavio permaneció dentro de su litera.” Todo lo contrario dice Suetonio, quien se expresó así: “Se conviene que

en la segunda (batalla) cumplió Octavio con los deberes de un jefe y soldado, y que habiendo sido herido gravemente el portaestandarte de su legión, Octavio tomó el águila y la llevó largo tiempo sobre sus espaldas. (Suetonio, pág. 72.) El texto latino dice, respecto á haber tomado el águila Octavio:

“Sequenti, satis constat non modo ducis, sed militis etiam funetum munere; atque in media dimicatione, aquilifero legionis suae graviter saucio, aquilam humeris subiisse diuque portasse.”

Continúa el Sr. Frías y Soto: “Quiso Octavio ser el único jefe de aquel valiente ejército y asesinó á los dos cónsules, que le habían dado tan gran triunfo: á Hirtius lo mató por la espalda al fin del combate, y Glycon, su médico, envenenó las heridas de Panza: ESO dice Suetonio.”

No dice eso Suetonio, Sr. Frías: Suetonio ha escrito: “Hirtius y Panza perecieron en esa guerra, uno sobre el campo de batalla, el otro poco después á consecuencia de una herida. **CORRIÓ EL RUIDO, DE QUE AUGUSTO ERA EL CULPABLE DE SU MUERTE**, puesto que, después de la derrota de Antonio, la República, quedando sin cónsules, él era el solo dueño del ejército victorioso.” (Suetonio, pág. 72.)

Se ve, pues, que Suetonio á quien cita el Sr. Frías y Soto, no habla de que Octavio haya matado á Hirtius por la espalda, ni asegura, como lo hace el Sr. Frías, que haya matado á ambos cónsules, sino que simplemente afirma que “corrió el ruido,” y de esos ruidos está llena la historia, sin que se tomen como verdades, pues si así se hiciese no habría hombre público con prestigio.

El modo de atacarme es tan desleal y al mismo tiempo tan torpe, que mi delator, para evitar el desprecio ó las carcajadas de su auditorio, se ve obligado á improvisar un rasgo de honradez y me dice: “Quizá indignado me diga usted que yo soy el sofista y el pérfido, que usted no ha comparado á nuestro candidato con la dudosa personalidad de Augusto, sino con su administración, y que sólo ha sostenido que el Sr. General Díaz ha hecho la paz con los mismos procedimientos que el emperador romano.”

“Contestaré á usted: **EN PRIMER LUGAR YO ANOTO COMO COMENZO LA VIDA POLITICA DE OCTAVIO, PARA COMPARARLA CON LOS COMIENZOS DE LA INTACHABLE DEL GENERAL DIAZ.**”

A lo que debo contestar: Usted puede comparar los comienzos de la vida pública del General Díaz, con la de todos los monstruos que ha presentado la especie humana y llenar, si así le conviene, nul ó un millón de columnas de periódico; pero no está autorizado para mezclar mi nombre en sus trabajos de contrastes históricos, desde el momento en que mis afirmaciones están fuera del alcance de sus contrastes.

Por último, el Sr. Frías y Soto reconoce que todo lo que ha dicho ha tenido por objeto hacer una apología extraordinaria del General Díaz, fuera del terreno á que mi discurso lo llamaba, pues me dice: “Mas me colocaré en el terreno á que me llama y discutiremos en él cómo afirmó la paz Octavio y cuál fué su administración que la produjo.”

Y acto continuo, el Sr. Frías y Soto, para cumplir su palabra, se coloca no en el terreno á donde lo he llamado, sino al que le